

Mundos distantes

Joe Haldeman

Traducción:  
Isabel Blanco González



Libros publicados de Joe Haldeman

**MUNDOS**

1. Mundos
2. Mundos distantes

Próximamente:  
*Marsbound*

Título original: *Worlds Apart*  
Primera edición

© Joe Haldeman, 1983

Ilustración de cubierta: Stephan Martiniere, via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-693-3 Depósito legal: B-XXXXXX

Impreso por Blakprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

**informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Dedico este libro a Rhysling y Joe-Jim, a Harriman y Harshaw, a Lorenzo y Lazarus, a la Amenaza de la Tierra y nuestra ayudante de los viernes (Luna nueva), y a todos los zombis que siguen viviendo tan a gusto en este planeta

lástima que este atareado monstruo, la cruel humanidad,

no. El progreso es una enfermedad cómoda:  
vuestra víctima (la vida y la muerte inmutables y sin  
novedad)

juega con la grandeza de su pequeñez  
—los electrones divinizan a una cuchilladeafeitar  
como a una cadenamontañosas; las lupas aumentan

lo indesear a través de la curva del dóndecuándo hasta que lo  
indesear  
vuelve a sí mismo.

Un mundo de fabricado  
no es un mundo de nacido —lástima de la pobre carne

y los árboles, pobres estrellas y piedras, pero jamás este  
refinado espécimen de hipermágica

ultraonmipotencia. Nosotros los doctores conocemos

un caso sin esperanza si —escucha: hay un infierno  
de buen universo a la vuelta de la esquina; vamos allá

—E. E. Cummings

## Prólogo

Aquella había sido la tercera o la cuarta guerra mundial, dependiendo de quién las contara, aunque en realidad ya nadie se dedicaba a contar. Era simplemente «la guerra»: 16 de marzo de 2085, el día en el que había muerto una tercera parte de la población mundial.

La mayoría de los supervivientes no tenían ni idea de por qué había estallado. Una avería en unos sistemas anticuados. Una serie de malentendidos. Una racha de mala suerte que había terminado con un loco al mando del control total de los sistemas en uno de los bandos.

Los mecanismos automáticos de defensa habían funcionado bastante bien: ni siquiera una de cada veinte cabezas de misiles había acertado en el blanco. Así que todavía quedaban millones de personas vivas, preguntándose qué hacer, mientras las cenizas radioactivas se iban posando y los agentes biológicos se esparcían sigilosamente. Algunos sospechaban que lo peor estaba todavía por llegar, y tenían razón.

Aquello era casi el fin del mundo, pero no el fin de la civilización. Los Mundos aún estaban en pie, o lo que quedaba de ellos: una colección de satélites de diversos tamaños que giraban alrededor de la Tierra con una población de un cuarto de millón de habitantes que no tenían que preocuparse por la lluvia radioactiva ni la guerra biológica. Casi todos esos Mundos habían sido destruidos el mismo día de la guerra, pero el más grande de todos se había librado. Y allí era donde vivía la mayor parte de la gente: en Nueva Nueva York.

## Año uno

### 1

Marianne O'Hara estaba con el último grupo de personas cuyas lanzaderas despegaron de la Tierra justo antes de que un impacto convirtiera el Cabo en una ensenada radioactiva. Había nacido en Nueva Nueva York y había viajado a la Tierra para hacer un curso de posgrado con una beca del Consejo Académico.

Los seis meses transcurridos en la Tierra fueron ajetreados y cruciales para ella. Su interés por la política terrícola la había llevado a unirse a un grupo políticamente activo que, al final, había resultado ser la tapadera de un partido revolucionario violento. El único amigo que tenía en ese grupo, un joven que también se había unido a él movido por la curiosidad, había sido asesinado. A ella misma la habían apuñalado después de intentar violarla. Había dado la vuelta al mundo y había sufrido una crisis nerviosa. Y al final, el hombre al que amaba le había salvado la vida; la había llevado al Cabo justo a tiempo para abandonar la Tierra, pero las lanzaderas obedecían un estricto sistema de cupos: nada de marmotas, y se había visto obligada a abandonarlo. Ambos se habían consolado con la mentira de que él la seguiría en cuanto el problema se hubiera solucionado. Solo que para entonces ya caían las cabezas de los misiles.

Ella sabía que era una de las pocas personas con suerte que se iban a salvar, pero en el momento de aterrizar en Nueva Nueva

todavía seguía paralizada y entumecida por la conmoción y el pesar. La esperaban dos hombres que la amaban. Apenas podía recordar sus nombres.

La vida en Nueva Nueva durante las semanas posteriores a la guerra era demasiado agitada como para reflexionar. Era necesario dar cobijo a los supervivientes de dos docenas de Mundos, y de algún modo había que darles de comer a todos a pesar de que más de la mitad de los módulos dedicados a la agricultura habían resultado dañados o destruidos. Los misiles no habían podido agujerear la roca sólida de Nueva Nueva, pero sí habían destrozado las estructuras externas. Se las apañaron reduciendo las raciones y recurriendo a la comida almacenada, que por otra parte tampoco iba a durar. Había que reparar y reconstruir los módulos, sembrar cosechas nuevas y dar de comer a los animales. Y cuanto antes. Así que toda persona físicamente capaz tuvo que trabajar.

O'Hara era joven y estaba muy bien preparada; había terminado su primer doctorado a los veinte años. Sin embargo, ninguno de sus estudios prácticos podía ser de utilidad. Al igual que el resto de los jóvenes de Nueva Nueva, había realizado faenas de agricultura y construcción dos días a la semana desde los doce años, pero, dado que sus intereses apuntaban claramente en otra dirección, aquellas tareas se habían limitado a dar de comer a los cerdos y a pintar. Las labores más sofisticadas se reservaban para aquellos que de verdad requerían esa práctica. No obstante, su primera ocupación nada más llegar tenía que ver con la ganadería: recoger esperma de cabra.

Sabían cómo forzar el celo de las cabras hembra y no querían dejarlo al antojo de la naturaleza. Así que mandaban a O'Hara a los establos con el aparato de succión a comprobar los números de identificación de los machos cabríos hasta dar con el seleccionado por el ordenador para una determinada hembra. Como era de esperar, los machos no se mostraban muy entusiastas a la

hora de mantener una relación sexual con una hembra de otra especie, así que O'Hara acababa pisoteada, golpeada y rociada de esperma. Al menos la faena le impedía pensar en sus problemas. No obstante, tras una semana con un recuento bajo de esperma, decidieron darle el trabajo a una persona más corpulenta.

Pidió un empleo en la construcción. Le sorprendió un poco que se lo concedieran. Había pasado muchas horas jugando en gravedad cero, solo que siempre en el interior. Jamás se había puesto un traje espacial y menos todavía para trabajar. Estaba ansiosa por probar una experiencia nueva, aunque la idea de salir a trabajar al vacío le produjera cierta aprensión.

Y todavía le producía más aprensión cuando terminó el entrenamiento, que consistió en un día dentro y otro fuera. Prácticamente no se trataba más que de aprender qué hacer en caso de emergencia: «Si oyes este pitido, es un aviso de erupción solar. No te dejes llevar por el pánico. Cuentas con ocho minutos para llegar hasta una cámara de radiación. Si oyes este otro pitido, se trata de la presión del aire de tu traje, que está descendiendo. No te dejes llevar por el pánico. Cuentas con un mínimo de dos minutos para llegar hasta la cápsula de primeros auxilios más cercana. A menos que además te estés quedando helada, lo cual significa que tu traje se ha rasgado. Ante todo, no te dejes llevar por el pánico. Pídele a tu colega que busque el roto y le pegue un parche. No te alejes nunca en exceso de tu colega. Supuestamente tu colega no se dejará llevar tampoco por el pánico». O'Hara y otras treinta personas más practicaron lo del parche y lo de no dejarse llevar por el pánico, y después los inscribieron a todos en una lista laboral y los lanzaron sin más ceremonias a la cámara de descompresión.

Dado que no tenía ninguna especialidad en particular dentro del campo de la construcción, la labor de O'Hara consistió fundamentalmente en traer y llevar material. Aunque pareciera sencillo, requería de cierto grado de delicadeza e inteligencia.

Para manejarse con un traje espacial es necesario una pistola de oxígeno. El oxígeno es el único gas del que siempre hay excedente

en los Mundos. No se trata más que de una boquilla dirigible conectada a una bombona de oxígeno comprimido: apuntas en una dirección, aprietas y mantienes el gatillo, y sales disparado aproximadamente en el sentido contrario al que apuntas. Aproximadamente.

Supongamos que a O'Hara y a su colega les hacían un pedido, digamos, de cierta viga de tales y cuales características específicas. Primero tenían que localizar dicha viga en el mapa y después, con mucha precaución sobre todo al principio, llegar hasta el lugar concreto en el que estaban apiladas. Los materiales se guardaban amontonados en pilas sueltas que se iban desordenando a medida que transcurrían los días. Una vez encontraban la viga comenzaba la diversión.

Una viga no pesa nada en absoluto en estado de caída libre, pero moverla no consiste simplemente en echársela al hombro y ¡jale-hop, vamos allá! Una tonelada de viga sigue imponiendo su tonelada de inercia incluso en estado de caída libre. Cuesta ponerla en marcha. Es difícil dirigirla en la dirección correcta. Y cuesta todavía más adivinar cuál es exactamente la dirección correcta. Porque cuando un objeto está en órbita no se puede alterar su velocidad sin alterar además su trayectoria, aunque solo sea mínimamente. Así que hay que apuntar hacia arriba, hacia abajo o hacia un lado, depende de la dirección a la que queramos ir.

O'Hara y su compañero tenían que forcejear con la viga para orientarla en la dirección que creían correcta, esperar, agarrados cada uno a un extremo con un imán en cada uno de los guantes y de las botas, y, por último, salir volando con ella. La viga navegaba por el espacio de camino a su objetivo, y entonces ambos tenían que valerse de la pistola de oxígeno para corregir la dirección en caso necesario y aminorar la velocidad hasta que, con suerte, conseguían parar justo en el lugar requerido. A veces lograban dar con el sitio exacto con suavidad; otras se pasaban de largo y tenían que maniobrar para volver. El trabajo era agotador tanto física como mentalmente, pero eso era justo lo que a ella le hacía falta.

O'Hara entró dando tumbos en la habitación que compartía con Daniel Anderson y se dejó caer sobre la cama. Se quedó por un momento mirando al suelo, encorvada de puro agotamiento y puede que también de tristeza. Ahuecó las almohadas y encendió el videocubo con la intención de poner la novela que estaba leyendo. Pero estaban emitiendo una representación de danza moderna muy interesante que no había visto, así que se recostó sobre los cojines y dejó que el espectáculo la entretuviera.

Minutos después entró Anderson.

—¿Llegas antes hoy? —preguntó ella.

—Tengo que volver después —contestó él, que dejó una bolsa sobre la cómoda y se estiró—. Hemos empezado a hacer unas pruebas de cromatografía y no puedo hacer nada hasta que no esté todo listo. Me sobran un par de horas. ¿Has cenado ya?

—No tengo hambre.

O'Hara apagó el videocubo.

—Deberías comer algo.

—Sí, ya lo sé.

O'Hara se recostó en posición horizontal, enlazó las manos por debajo de la cabeza y se quedó mirando al techo.

—¿Has tenido un mal día?

—No, como siempre —contestó ella, que de pronto soltó una carcajada—. ¿Sabes qué es lo que he cogido?

—¿Es contagioso?

—He cogido envidia del pene. Un caso tardío de envidia del pene.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tú jamás estudiaste psicología.

Daniel se encogió de hombros antes de contestar:

—La psicología de la pizarra bituminosa está perfectamente definida. Es una sustancia muy estable. Puedes hablar de ella todo lo que quieras, que le da igual.

—Freud creía que las niñas tenían envidia del pene. Decía que veían a los niños hacer pis en la dirección que les venía en gana y se daban cuenta de que jamás podrían hacerlo, y por eso se sentían incompletas.

—¿Lo dices en serio?

—En parte sí, te lo juro. Aunque no es envidia en el sentido freudiano —contestó O'Hara, que se peinó la melena corta pelirroja con los dedos—. ¿Has intentado alguna vez hacer algo difícil con un pañal mojado colgando?

Daniel se sentó en la cama y colocó una mano sobre la cadera de ella con un gesto neutral.

—Supongo que aprender a andar es bastante difícil. No recuerdo nada antes de eso.

—He intentado mear al estilo catéter con el traje espacial, pero no lo he conseguido. Ha sido... horrible.

—Muchas mujeres son incapaces de usar ese tubo —asintió Daniel, que había nacido en la Tierra y había pasado muchas horas con un traje espacial.

—Así que me he puesto un pañal. Se ha mojado, claro. Se moja en cuanto llevas un rato fuera.

—No es nada de lo que debas avergonzarte.

—¿Y quién se avergüenza? Lo que pasa es que no me deja concentrarme, me resulta incómodo. Me está saliendo un sarpullido. Quiero un pene y una manguera aunque solo sea para ir a trabajar.

Daniel se echó a reír.

—Las mangueras no son tan magníficas como tú te crees. O te quedas helado, o te llevas un susto y la repliegas con la sensación de que todavía te queda algo por descargar. Y luego te llevas una sorpresa desagradable cuando se te inunda la bota.

—¿En serio? —preguntó ella pensativa—. ¿Y qué hay de las erecciones?

—Cualquiera que tenga una erección con un traje espacial es que está mal de la cabeza.

Los dos se echaron a reír y entonces él comenzó a mover muy despacio la mano. Ella lo detuvo.

—Aún no —dijo O'Hara en voz baja.

—No importa.

Habían sido amantes antes de que ella se marchara a la Tierra y planeaban casarse en cuanto volviera.

Daniel se puso en pie a toda prisa, se acercó a la cómoda y comenzó a peinarse. Apenas fueron dos pasos: la cama ocupaba la mayor parte de la estancia.

—¿Quieres que busque otro sitio para dormir hasta que me encuentre mejor? —preguntó ella.

—Desde luego que no. Hacía más de veinte años que no tenía sueños tan interesantes.

—No, en serio. Me siento tan...

El reflejo de Daniel en el espejo se quedó mirándola.

—A mí me resulta mucho más fácil convivir con tu dolor que a ti. Y quiero ser yo quien esté contigo cuando estés mejor.

—No me refería a mudarme a vivir con otra persona, sino a dormir en una de las reñidas literas de la residencia del laboratorio.

—Sí, y en cuanto descubrieran que estoy solo me asignarían un hueco allí a mí también. Con lo abarrotado que está todo ahora, puede que tardáramos años en conseguir otra habitación para dos.

O'Hara se giró de cara a la pared y contestó:

—Vaya, me alegro de poder ser de alguna utilidad.

Daniel abrió la boca para decir algo, pero inmediatamente la cerró y dejó el peine en el tocador sin hacer ruido.

—Bueno, voy a ir a picar algo con John. ¿Quieres venir con nosotros?

—¡Ah!, pues... —dijo O'Hara. Inmediatamente se irguió, se sentó y se restregó la cara con fuerza con ambas manos—. Puede que sí. A ver qué se les ocurre hacer ahora con el arroz —añadió ella. Se puso en pie, se acercó a Daniel, que estaba de espaldas, lo abrazó y se dejó caer sobre él—. Lo siento.

Él se giró en brazos de ella, la besó profundamente y la soltó.  
—Vamos, se ha hecho un poco tarde.

Nueva Nueva, como todos los Mundos, obtenía artificialmente su propia gravedad a fuerza de girar. No había ninguna gravedad a lo largo del eje de rotación; cuanto más te alejabas de él, sin embargo, mayor era la fuerza de atracción. La mayoría de la gente vivía y trabajaba cerca del nivel gravitacional de una  $g$ , donde estaban los parques y las tiendas.

En los niveles de baja gravedad se habían instalado laboratorios, fábricas pequeñas e incluso algunos alojamientos, y esa era precisamente la razón por la que John Ogelby había viajado allí. Era jorobado de nacimiento y la curvatura de su espalda había supuesto siempre para él una elección entre los analgésicos y el eterno sufrimiento. Había llegado a ser un experto en un tema muy concreto de ingeniería, la resistencia de los materiales, y eso le había permitido emigrar de la Tierra a los Mundos y encontrar fácilmente un puesto de trabajo en un laboratorio situado a baja gravedad en el que su espalda ya no suponía ningún problema.

John era amigo íntimo de O'Hara. Había sido él quien le había presentado a Dan. Ella y Dan subían con frecuencia a verlo al nivel gravitacional de un cuarto de  $g$  donde vivía y trabajaba, y los tres solían ir juntos a la taberna La Cabeza Alegre, que en ese momento servía de albergue provisional, aprovechando que en ese nivel apenas había colas para comer. Poca gente lograba acostumbrarse a digerir nada a baja gravedad. Incluso una simple taza de café podía sentarte realmente mal.

La Cabeza Alegre era el único autoservicio de toda Nueva Nueva cuyas paredes estaban revestidas de madera. Algún filántropo debía de haber mandado el material desde la Tierra como muestra de agradecimiento hacia el hospital situado a baja gravedad que le había salvado la vida. No cabe duda de que la gente habría apreciado más unas cuantas cajas de whisky escocés: para

los que habían nacido y vivido rodeados de acero, la caoba filipina resultaba antinatural e incluso siniestra. Y tampoco es que las planchas de madera lograran dar el toque hogareño que los nacidos en la Tierra tanto apreciaban, ya que iban sujetas a la pared con tornillos en exceso llamativos.

Ogelby estaba sentado en una mesa cuando la pareja entró. Los saludó con un movimiento de la mano un tanto lánguido.

Para cenar había un arroz cubierto de una salsa gris con unas cuantas moléculas de queso y una cucharada de judías blancas ya bastante pasadas. El vaso de vino en cambio era generoso: se racionaban las proteínas, pero había tinajas y tinajas de alcohol.

—¿Habéis oído lo de la Tierra? —preguntó John en cuanto los otros dos se sentaron.

—¿El qué? Nada bueno, supongo —dijo Daniel.

—Hay una plaga. No es broma. Ni tampoco es un malentendido —respondió John, que pinchó una judía y se la comió sin muchas ganas—. Ha empezado primero por Europa del Este y luego por Rusia. La Unión Socialista Suprema ha acusado a los Estados Unidos de lanzar y extender un agente biológico. Pero resulta que en América también ha aparecido.

—¿De qué tipo de plaga se trata? —se interesó O'Hara.

—Es difícil de saber. Retransmitían las noticias en un polaco muy coloquial y casi histérico, y además solo habían podido recabar algo de información por aquí y otro poco por allá. Afecta al cerebro, es mortal y parece ser que está muy extendido. Han estado intentando contactar con alguien de los Estados Unidos o al menos interceptar alguna noticia, pero hoy en día las comunicaciones en la Tierra son casi inexistentes.

Dan miró el reloj y comentó:

—Bueno, faltan diez minutos para Jules Hammond. Será mejor que terminemos de cenar.

Se dirigieron a la biblioteca situada en el nivel de baja gravedad, pero estaba tan llena que tuvieron que quedarse de pie al fondo. Dan ayudó a John a subirse a una mesa para ver el videocubo. La

pantalla estaba en blanco excepto por el reloj que daba la hora. A las 21.00 en punto el cubo se iluminó con los serios, exagerados y paternales rasgos del rostro de Jules Hammond.

—Hoy es 5 de mayo de 2085. A estas alturas todos ustedes conocen el rumor acerca de una plaga en la Tierra —dijo Jules, que hizo una pausa—. Es cierto. De lo que todavía no estamos seguros es de hasta qué punto está extendida esa epidemia. Puede que afecte a todo el planeta. No hemos conseguido ponernos en contacto con los Estados Unidos, pero sí hemos interceptado una emisión de Nevada.

Nevada era un país independiente y casi sin ley en medio del continente norteamericano.

El rostro de Hammond se desvaneció de la pantalla y en su lugar apareció el de una mujer joven. La imagen poseía un molesto parpadeo sobre el eje de z: tan pronto salía el semblante en tres dimensiones como en dos, sólido y plano.

Pero el sonido era nítido. La voz de la mujer vibraba de pura histeria:

—¡Todos los que hayan viajado a los Estados Unidos o a cualquier otro sitio fuera de Nevada después de la guerra tienen que marcharse ya! No se detengan ni para hacer la maleta, ¡márchense! Sea lo que sea esta mierda, no la queremos. El gremio de asesinos está colaborando en todo momento con la Corporación de Salud Pública... Cualquiera que haya tenido algún contacto con la plaga tiene de plazo hasta esta media noche para largarse de aquí.

»Si conocen a alguien que haya estado fuera, comuníquenle el nombre de esa persona a cualquier asesino. El gremio va a estar muy ocupado así que por favor, no aprovechen la oportunidad para zanjar viejos problemas, ¿de acuerdo? Se trata de un asunto de vida o muerte, y, según parece, esta mierda se extiende muy deprisa y contagia a todo el mundo.

»Por el mismo motivo, si ven a alguien con los síntomas, busquen a un asesino. O hagan el trabajo ustedes mismos; pero solo si después queman el cuerpo. Luego avisen a Salud Pública.

»Los síntomas consisten en fiebre, sudores y verborrea y en divagaciones sin sentido. No sabemos de qué se trata, pero lo que está claro es que el primer órgano al que afecta es el cerebro. Las personas infectadas pueden sobrevivir varios días antes de morir y son capaces de caminar tranquilamente por la calle, así que no se arriesguen.

Después volvió a sonar la voz de Jules Hammond con su reconfortante rotundidad:

—Están aquí conmigo los coordinadores Markus y Berrigan.

La cámara giró para mostrar la imagen completa de Hammond, sentado en medio de los dos coordinadores. Weislaw Markus, el coordinador del Departamento de Política, tenía el cabello negro y brillante pero sus ojos y las profundas arrugas de su rostro delataban cierta edad. Sandra Berrigan, coordinadora del Departamento de Ingeniería, era nueva en el cargo y joven para el puesto; debía de rondar los cuarenta, pero su semblante y las bolsas bajo sus ojos tristes eran también reflejo de la tensión reinante.

Markus se movió inquieto en el asiento.

—Es casi seguro que esta plaga es el resultado de una guerra biológica, ya provenga de un lado o del otro. Naturalmente, nuestra principal preocupación ahora es que no se extienda a Nueva Nueva. Cualquiera que estuviera en la Tierra cuando comenzó la guerra es un potencial portador de la infección.

Dan rodeó a O'Hara con un brazo, pero fue un gesto tenso y poco espontáneo.

—Desde luego la actitud draconiana que demuestra Nevada no nos produce ninguna simpatía, pero nuestra reacción tiene que ser igual de radical y rápida. Sandra, aquí entra en acción tu departamento.

—Puede que no sea en absoluto un problema de nuestro departamento —intervino entonces Sandra—. Aunque algunos de nosotros podamos haber estado expuestos a ese microorganismo en la Tierra, no es probable que el virus sobreviviera a la

profilaxis por la que todos hemos tenido que pasar antes de entrar en las sucesivas cámaras de descompresión.

O'Hara estaba de acuerdo con ella: las inyecciones constituían un ataque directo al cuerpo, como demostraba el hecho de que todos los pasajeros de la nave lenta se hubieran pasado la mitad del trayecto en el baño cuando no estaban durmiendo.

—No obstante, debemos tomar en consideración la posibilidad, por remota que sea, de que alguien pueda ser portador de la plaga. En estos momentos estamos inmersos en el proceso de transformación del módulo 9B en un albergue en el que podamos examinar y mantener a esas personas en cuarentena. Si alguno de ustedes ha viajado a la Tierra durante el pasado año, su obligación es dirigirse de inmediato al módulo 9B. No sabemos con exactitud cuándo se liberó este agente patógeno, pero es posible que ocurriera antes del violento intercambio de misiles nucleares. No se detengan para hacer la maleta. No recojan siquiera el cepillo de dientes. No sabemos en qué estadio de incubación de la enfermedad se contagia el virus.

O'Hara apretó la mano de John y besó a Daniel desapasionadamente en la mejilla. De camino a la puerta, la gente se apartó más de lo necesario para cederle el paso.

Tenían todos los tomates y pepinos que quisieran: de eso era la cosecha del módulo 9B. Segundos después de atravesar flotando la cámara de descompresión del módulo, O'Hara comprendió que acabaría por odiar aquel olor parecido al del vino.

Los invernaderos o cápsulas acristaladas flotantes situadas alrededor de Nueva Nueva en las que estaban instalados los módulos de agricultura y las granjas disponían de un ambiente rígidamente controlado. Proporcionaban toda la verdura y gran parte de la carne a una población de un cuarto de millón de personas. Solo los peces y las gallinas crecían bien en gravedad cero; los conejos y las cabras tenían que vivir dentro, con el resto de las personas.

El módulo 9B era grande porque lo habían construido pensando que los Mundos se expandirían; aunque no era tan espacioso como para albergar en su interior a mil doscientas treinta personas. Además de los posibles portadores de la epidemia, había también unas cuantas docenas de técnicos, en su mayoría médicos, y unos pocos ingenieros y agricultores cuya labor consistía en garantizar que todos, tomates, pepinos y personas, sobrevivieran a tan íntima convivencia. Los técnicos llevaban trajes espaciales por si acaso alguien estornudaba.

Al menos no estaba encerrada con un montón de extraños. La gente comenzó a agruparse con sus amistades para contar historias y especular sobre lo sucedido en la Tierra. O'Hara encontró enseguida un grupo de amigos: un puñado de estudiantes que solían reunirse los martes junto al río Liffey en Manhattan. Siete de esos estudiantes no habían conseguido volver a Nueva Nueva.

De inmediato, les pidieron a todos que se reunieran en uno de los extremos del módulo. Allí un médico bastante brusco les informó de que estarían en cuarentena durante, al menos, cinco días. Por supuesto el anuncio provocó los esperados murmullos de malestar. Solo uno de cada trescientos habitantes de Nueva Nueva lograba viajar a la Tierra una vez en su vida; algunas de las personas convocadas allí eran grandes personalidades de Nueva Nueva.

Alguien preguntó qué ocurriría si se producía una erupción solar. La respuesta fue: «Esperemos que no sea muy fuerte». Una erupción de clase 3 sin protección podía matarlos a todos en cuestión de minutos. Pero lo cierto era que no eran frecuentes.

Lo primero que había que hacer era pasar un examen médico completo. A O'Hara le tocaba más o menos a la mitad por orden alfabético, así que entregó las muestras que le pidieron y se dedicó a holgazanear durante un par de días. No podía leer porque no había más que una docena de cubos en el módulo y siempre había veinte o treinta personas reunidas alrededor de cada uno de ellos. Se cansó de las películas y de los partidos y acabó uniéndose a la

laboriosa tarea de rellenar el crucigrama más grande del mundo con un grupo de aficionados.

Finalmente le tocó el turno de pasar por el escáner, le dieron unos cuantos golpecitos y tomaron muestras de sus tejidos con algodones. Los médicos eran rápidos, aburridos y cansinos. Le hacían sentirse como si fuera un producto más de una cadena de montaje. Sin embargo, hubo un momento en el que se echó a reír, y fue cuando flotaba desnuda boca abajo por el aire detrás de una fila de tomateras. Aquel era el lugar más íntimo que habían podido encontrar. O'Hara tuvo que agarrarse a las botas del ginecólogo para no salir despedida mientras el médico tomaba la muestra; ambos giraban lentamente en una postura que era una parodia del sexo oral. Se acordó de su conversación con Daniel y se preguntó qué haría falta para que un ginecólogo tuviera una erección, ya fuera con traje espacial o sin él.

Los análisis demostraron que no tenía nada aparte de alergia a la leche de vaca, cosa que no era ninguna novedad. Tampoco sería un problema ya que la vaca más próxima estaba a unos treinta y seis mil kilómetros de distancia. Ni ella ni ninguna otra persona del módulo tenían aquel virus desconocido. Los mantuvieron en observación otros diez días y por fin volvieron a Nueva Nueva.

Estaba tan cansada de las insípidas raciones de emergencia del módulo que salió disparada en dirección a la cafetería. Aquel día el plato principal del menú era gazpacho: sopa fría de tomate y pepino.

## La voluntad de Charlie

La mayor parte de las armas que emitieron sus bramidos por el cielo aquel 16 de marzo de 2085 eran antiguallas; tendrían entre cincuenta y cien años. Sin embargo había también una de un tipo completamente nuevo. Era experimental y apenas se había probado.

El virus Koralatov era una especie de arma diseñada específicamente contra humanos. Su propósito inicial era producir un largo período de

confusión mental en la población del país enemigo: la gente sería incapaz de pensar con claridad durante varios meses. Mejor tontos que muertos; esa era la idea si hubiera dado resultado. Solo que no había dado en absoluto el resultado esperado.

Dieciocho misiles iban cargados con el virus Koralatov-31. Todos fueron destruidos por la red defensiva de láseres de los Estados Unidos, excepto dos. Uno de ellos abortó accidentalmente la misión mientras sobrevolaba algún punto de Europa del Este. El otro iba dirigido a Chicago y estuvo a punto de dar en el blanco. El antiquísimo proyectil antimisiles encargado de derribarlo erró ligeramente el tiro y lo abrió, derramando el K-31 sobre la estela del jet. El resultado fue idéntico que en Europa: el virus estuvo vagando por el aire durante las siguientes semanas y meses. Sus huéspedes humanos se mostraron muy hospitalarios. Para fin de año todo el mundo lo padecía, aunque no parecía más que un simple resfriado. De hecho, los síntomas tardaron un tiempo en aparecer. El día en el que finalmente la primera víctima se sumió en la estupidez y murió, los únicos seres humanos que quedaban sin infectar eran un puñado de nómadas del desierto, unos pocos científicos tirados en la Antártida y la gente del espacio.

Los de la Antártida seguirían viviendo unos años más mientras les quedaran alimentos; los nómadas, por su parte, sobrevivirían siempre y cuando se mantuvieran aislados de la población infectada. Para el resto de la Tierra la plaga fue rápida y devastadora.

Casi toda la población mayor de veinte años murió durante las primeras semanas nada más declararse la infección. A los más jóvenes el virus no parecía afectarles. En aquel caótico mundo que de pronto se había quedado sin líderes, sin padres y con una población diezmada diez veces, la macabra verdad tardó en resultar evidente: nadie gozaría de una larga vida. En algún momento entre los dieciocho y los veintiún años todo el mundo caería enfermo y moriría.

Un simple par de billones de niños condenados resultaba insuficiente para sostener en pie la civilización del siglo XXI. Pero

no todo dejó de funcionar de golpe; gran parte de ese mundo funcionaba automáticamente, y muchos sistemas siguieron en marcha durante una buena temporada. Todavía era posible entrar en un bar convertido en autoservicio y conseguir un refresco, o pulsar un botón y extraer un número para hacer cola ante la ventanilla de un servicio público en el que el cadáver de una mujer rezaría por ti. Sin embargo, antes o después una parte crucial del sistema comenzaría a fallar, o el vandalismo acabaría con ella, y no quedaría nadie que supiera arreglarlo. Nadie en el mundo.

Había, no obstante, al menos un grupo de personas a las que la guerra no sorprendió ni por el momento elegido, ni por su feroz alcance. Se trataba de los mansonitas, una secta religiosa clandestina y completamente ilegal que decía contar con decenas de miles de miembros en el sur de los Estados Unidos. Llevaba años profetizando la llegada de un período de «helter-skelter» o atropellos brutales al que seguiría el fin del mundo, y estaban convencidos de que ese apocalipsis tendría lugar en 2085, año en el que ellos celebrarían el centenario de la liberación de su salvador.

Los mansonitas basaban su credo en las escrituras de Charles Manson, un loco carismático que en el siglo anterior había guiado a sus seguidores a una orgía de asesinatos en masa. Para la familia mansonita, la muerte era una bendición y el asesinato un sacramento. Fue la única iglesia que creció exageradamente en número de afiliados tras la guerra.

## Año dos

### 1

Durante un tiempo se concibió la esperanza de que Australia, Nueva Zelanda y Pacífica se librarán gracias a su aislamiento. Pero el virus se extendió por todo el mundo. Allí donde había una pizca de tierra y un mínimo de población, todos a excepción de los niños enfermaban y morían.

Y mientras la vida en la Tierra se hacía cada día más y más salvaje y más desesperada, por el contrario en Nueva Nueva se tornaba cada vez más cómoda y segura. Al menos durante una temporada. Se repararon las granjas, O'Hara sustituyó el traje espacial y los pañales por una mesa de despacho y la gente dejó paulatinamente de preocuparse por lo que iba a comer para empezar a fijarse en el tenedor con el que se lo comía. Retornaban inexorablemente a la normalidad. También constituía una preocupación importante quién dormía con quién y qué sucedía cuando no dormían, e incluso por qué razón no se molestaban por lo menos en conseguir el documento acreditativo que lo legitimara.

El matrimonio era un asunto bastante complejo en Nueva Nueva York. No en el aspecto civil: eso podía arreglarse con un ordenador en unos minutos. El problema era decidir si casar a una persona, a dos, a seis o a varios miles.

Había docenas de «líneas familiares» en Nueva Nueva. El término resultaba arcaico para la época, ya que se aplicaba en un

sentido muy laxo a cualquier lazo más o menos permanente en el que entrara en juego el amor, a veces la reproducción, la cohabitación si el grupo era lo bastante pequeño y el dormitorio lo bastante grande, etcétera.

Por ejemplo, se aplicaba indistintamente a las variadas y diversas familias de Marianne O'Hara. Su madre nació dentro de la línea familiar de los Nabors; una línea convencional chapada a la antigua que constaba de unos cuantos cientos de personas organizadas por parejas de marido y mujer. La línea guardaba celosamente sus tablas genealógicas para evitar la endogamia, pero no tenía absolutamente ninguna inhibición en cuanto al sexo sin fines reproductivos. Una chica joven y bonita como la madre de O'Hara podía pasarse mucho tiempo siendo amable con sus parientes. Y todavía más rechazándolos. La madre de O'Hara había optado por salir de la línea por el camino más rápido: quedándose embarazada de un individuo de otra familia poco después de su primera menstruación. Los Nabors cuidaron de ella hasta que nació el bebé y después los expulsaron a los dos.

Para entonces la madre de O'Hara tenía ya un amante de la línea Nabors que abandonó la línea al mismo tiempo que ella. Junto con el padre de O'Hara, los tres se unieron a la línea Scanlan, que más que una verdadera línea en realidad era una asociación bastante relajada de matrimonios de tres personas. Lo cierto es que su madre demostró bastante sangre fría al tomar aquella decisión. El padre de Marianne era una marmota y, tal y como habían acordado previamente, una semana después del matrimonio volvió con su mujer terrestre. Así que madre y amante se convirtieron realmente en una pareja simple, pero con las ventajas de la línea Scanlan en lo relativo a la casa y a la escolarización de Marianne, que por su parte pasó a ser la hija única de un triuno roto. Aquello hizo de ella una extraña en medio del resto de los niños, que se mostraron crueles con el individuo distinto dentro del clan. De pequeña Marianne solo sabía una cosa con certeza: que jamás formaría un triuno.

Pero se equivocaba. Llevaba más de un año viviendo con Daniel como amantes cuando salió una ley que prohibió a las personas solteras ocupar viviendas para más de uno. Muchas familias de otros Mundos habían tenido que separarse y vivir en dormitorios distintos, pero una vez que coordinaron sus intereses formaron un bloque de peso a la hora de votar.

Durante el año transcurrido O'Hara había estado resistiéndose a la presión social que la empujaba a casarse. Se animaba a los chicos y chicas a flirtear y a tener contactos sexuales variados, pero a medida que se maduraba, y aún más a la avanzada edad de O'Hara, veintitrés años, se esperaba que la gente sentara la cabeza. Aunque para la línea Devon, por ejemplo, sentar la cabeza significara limitarse voluntariamente a unos cuantos miles de compañeros sexuales. O'Hara sabía que su familia y sus compañeros de trabajo consideraban su relación con Daniel inmadura y hasta un tanto indecente. Y le indignaba tanto que habría estado dispuesta incluso a posponer la boda indefinidamente, de no haber surgido el problema práctico de la casa.

Como no había ninguna línea familiar a la que quisiera adherirse, cosa que supuso un alivio para Daniel, O'Hara le sugirió que comenzaran una nueva entre los dos. Él aceptó de buen grado, aunque con cierto nerviosismo. Rellenaron los documentos pertinentes y dieron forma a la nueva unión al estilo de la antigua línea de los Nabors: se admitiría a miembros nuevos únicamente por votación unánime; para el divorcio de miembros antiguos bastaría con una mayoría. Ella puso punto final a la discusión y la nueva línea recibió el nombre de O'Hara.

Antes de inscribirse, O'Hara mencionó la posibilidad de preguntarle a John Ogelby si quería unirse a ellos como símbolo de mutuo afecto. Daniel estuvo pensándolo durante varias semanas. Él y John eran más que hermanos pero... ¡maldita fuera, uno no podía casarse con otro hombre! Los padres de Daniel habían sido una pareja convencional, de esas cuya unión duraría hasta que la muerte o el aburrimiento los separara, y ese era el único tipo de matrimonio que le parecía correcto.

Marianne bromeó y razonó con él sobre el asunto hasta que al final lo convenció. No obstante, en ningún momento hablaron de sexo. Daniel sabía que John y ella lo habían intentado en una ocasión y que no había funcionado. El hecho de que diera por sentado que no John no sería un rival para él probablemente influyó en la decisión. Es probable, sin embargo, que Marianne sospechara algo distinto. Daniel era nueve años mayor que O'Hara, pero ella era, literalmente hablando, varios mundos más experta, sexualmente, que él.

De un modo u otro, la previsible transformación se produjo: John Ogelby, cuarenta y dos años, deformado físicamente y criado en la tradición católica irlandesa había tenido únicamente dos encuentros sexuales frustrantes con dos jóvenes prostitutas de Dublín, además de la insatisfactoria escena con Marianne; aparte de eso su única compañera sexual durante treinta años había sido su propia imaginación. Una simple ceremonia bastó para convertirlo en otro hombre.

Súbitamente Daniel se encontró con que tenía un montón de tiempo libre para estar a solas y reflexionar, como le ocurre siempre a una doncella con un hombre. Marianne pasó la primera semana de su matrimonio ampliado en el cubículo superior de John a un cuarto de g de gravedad, con escapadas ocasionales al gimnasio a gravedad cero, donde había vestuarios pequeños con cerradura.

No había ninguna posibilidad de que los tres vivieran juntos porque John no podía tolerar la gravedad normal durante mucho tiempo. Así finalmente adoptaron el modelo informal de familia migratoria: Marianne pasaba unos cuantos días arriba y otros abajo, y tenía libertad para cambiar a su antojo o según los deseos de cualquiera de los dos hombres. Se acostumbró a llevar el cepillo de dientes en el bolso. Los tres se reunían casi siempre para comer. Y Daniel comprobó con sorpresa que no se sentía celoso.

---